

# — PÁGINA LITERARIA —

## VOX POPULI

Yo amo al pueblo y en él mi gloria fio...  
El pueblo sabe estrangular tiranos;  
y odia tanto a Caifás como al judío  
que sentencia lavándose las manos.

Nada importa que el rey en noble empeño  
lave su frente con raudal de ciencia;  
el que se llama rey, grande o pequeño,  
tiene en su propio nombre la sentencia!

Yo amo a ese pueblo que llegó a la gloria  
subiendo por la escala de la ruina,  
y que sobre la cumbre de la Historia  
clavó un faro de luz: la guillotina.

El pueblo al despertar de sus desmayos,  
paseó por el planeta la mirada;  
y como un Jehová vibró sus rayos,  
y sacó sus derechos de la nada....

Para hundirse por siempre en los escombros,  
llevando entre los dientes la cuchilla,  
cargó como Sansón sobre sus hombros

las puertas de metal de La Bastilla!

Cuando el pueblo impulsado por Belona  
sacudió el yugo con robusto brazo,  
dividió en mil pedazos la corona:  
Cada cabeza reclamó un pedazo!

El pueblo erguido con sagrado encono  
verdugo fue de la nobleza impía;  
y cada astilla que arrancó del trono  
fue un puñal para herir la tiranía!

El pueblo haciendo veces de verdugo,  
al ejercer su rudo magisterio,  
donde pone la mano rompe un yugo,  
donde pone la planta hunde un imperio!

¿Cómo no amar al que forjó mi lira,  
al que puso en mis manos la piqueta,  
al que oyendo mis cánticos de ira  
pensó en la gloria y se sintió poeta?

Entre mis sueños y mis ansias locas  
quiero, al verme ceñido por sus brazos,  
hallar una sonrisa en sus mil bocas  
como un iris partido en mil pedazos!.....

José SANTOS CHOCANO

## LA JUSTICIA

Entré en el templo subterráneo, de altas  
bovedas, llenas de indefinible claridad, de luz  
misteriosa, como todo aquel recinto.

En el centro del santuario estaba una mu-  
jer de aspecto severo, cubierta con amplio traje  
verde. Sentada, y apoyando la cabeza en una  
mano parecía meditar, abstraída.

Sin esfuerzo alguno comprendí—como pasa en  
los sueños—que aquella mujer era la Naturale-  
za en persona, y un santo temblor heló mi  
alma.

Aproximándome, la saludé humildemente,  
y dije:

—¡Oh, madre común! ¿Qué meditas? ¿pien-  
sas en los destinos de la humanidad futura y  
en cómo habrá de llegar a la perfección y a la  
dicha posibles?

La mujer levantó lentamente los ojos os-  
curos y me miró severa; entreabrió los labios,  
y su voz, golpear de hierro contra hierro, se hi-  
zo oír, diciendo:

—Estoy pensando cómo podré dar mayor  
fuerza a las corvas de las pulgas para que se  
pongan en salvo de sus enemigos. El equilibrio  
entre el ataque y la defensa está roto y es pre-  
ciso restablecerlo.

¿Cómo?—balbuceé—¿En eso piensas? ¿Pe-  
ro no somos nosotros, los hombres, tus hijos  
predilectos?

La mujer frunció ligeramente las cejas.

—Todos los animales son hijos míos—repu-  
so—y me cuido por igual de todos ellos, o igual-  
mente los destruyo.

—Pero....el bien....la razón....la jus-  
ticia.....?

Todas esas son palabras de los hombres,  
—replicó la férrea voz.

Yo desconozco el bien y el mal. La razón  
para mí no es ley, ¿y qué es la justicia? A ti te  
di la vida, te privaré de ella y la daré a otros:  
a los gusanos o a los hombres.....¿que más da?  
En cuanto a ti, mientras tanto, defiéndete y no  
me molestes.

Quise replicar, pero la tierra tembló, rugió  
sordamente....y desperté.

Iván TURGUENEF